

con vario éxito; pero entre todos los recursos de que echa mano el médico, merece ser citado el magnetismo, cuyos buenos efectos son muy dudosos. Debemos pasar ahora á hacer una reseña de las variadas formas que toma el de-



Monomanía por el dibujo.

lirio melancólico, pero, ¿quién sería capaz de enumerar todas sus variedades? ¿Acaso no dependen sus caracteres de algunas pasiones modificadas por la imaginación? Verdad es, que el fondo de la enfermedad es siempre constante,

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 3

pero tambien es no menos cierto que los signos que caracterizan á cada melancolía se combinan y diversifican al infinito. Algunos autores sin embargo, dividen en un corto número de variedades, las principales formas de la melancolía, denominándolas: melancolía supersticiosa, ó demonomanía, entomanía, panofobia, misantropía, nostalgia, suicidio y zoantropía. Creemos que en este punto basta su simple enumeración, y que no debemos entrar en otros pormenores.

E. M.

DE LAS FIESTAS RELIGIOSAS Y POPULARES

DE LA EDAD MEDIA.

¿Hubo grandes y florecientes ciudades antes del diluvio? ¿Hubo pueblos civilizados, emperadores y reyes? ¿Cultivarónse las ciencias y las letras? ¿Hubo artes mecánicas? En fin, ¿fué el mundo tal como hoy lo vemos?—No: y todos los escritores fantásticos, que afirman lo contrario, fundados en vanas é imaginarias conjeturas, se diferencian muy poco de los preadamíticos, que sostienen con ahinco y terquedad, separándose de los libros sagrados, que hubo antes de la aparición de Adán sobre la tierra, pueblos civilizados, magníficas ciudades, artes, comercio, industria, literatura, etc., etc. ¿No medía, pues, analogía ninguna, no median puntos de contacto ni de relacion entre el mundo antiguo y el moderno?—Sí: media una analogía permanente, median grandes puntos de contacto y relacion, que unen las generaciones de hoy con todas las que fueron, y con las que serán hasta la consumación de los siglos.—¿Qué analogía es esa? ¿qué relaciones median?—La corrupcion y la perversidad de la humana estirpe y sus inclinaciones malignas, consecuencia funesta tal vez de la culpa de nuestros primeros padres.

Los hombres corrompidos no adoraron, como los antiguos patriarcas, al Dios único y verdadero, sino á las criaturas. Divinizaron los astros; poblaron la tierra de seres imaginarios; fueron todos politeístas; idolatrarón, y esta fué la religion sacrilega é impía, que dominó en todo el orbe, á escepcion de la Judea, en donde el pueblo de Dios no se separó del culto de Jeovah, y veneró los preceptos del Decálogo, dictados por el Todopoderoso á Moisés.

El Hombre-Dios bajó del cielo para redimir nuestras culpas; se bañó en las aguas del Jordan, y se franquearon á la humana estirpe las puertas celestes. Entonces, desterrados los falsos dioses, se purificó el culto; no hubo divinidades incestuosas ó adúlteras, como Júpiter; no hubo divinidades, que protegían el robo, como Mercurio; no hubo divinidades, que exigían sobre sus altares sacrificios impúdicos é infames, como Venus. Pero las supersticiones de la idolatría antigua, encarnadas en el corazón del hombre, intentaron profanar el santuario de los nuevos secuaces de la ley de gracia, introduciendo el uso de algunas solemnidades y fiestas populares, que eran una reminiscencia de las fiestas paganas, y de sus ritos y ceremonias.

Los Capitulares de Carlomagno nos dan á conocer que los fieles en el siglo VIII estaban animados de un gran espíritu de devoción, y que eran muchos los días en que se dedicaban á la solemnidad y contemplación de los misterios mas angustios de nuestra religion santísima. Las fiestas de Noche-Buena duraban cuatro días, las de Pascua de Resurrección ocho, y además se celebraban la Circuncisión del

Señor, la Epifanía, la Purificación de la Virgen, los tres días de rogativas, Pascua de Pentecostés, las fiestas de San Juan Bautista, de San Pedro y San Pablo, de San Martín, de San Andrés, y tambien las octavas de la mayor parte de estas fiestas. El concilio de Maguncia ordenó mas adelante que la Pentecostes se solemnizara durante ocho días, como la Pascua de Resurrección, y que se celebraran las fiestas de la Asunción, de San Miguel, de San Remigio, del patrono de cada parroquia, los días en que se dedicaba un nuevo templo al culto del Dios verdadero, y por último los días de todos los Santos, cuyas reliquias se veneraban. Andando el tiempo estas fiestas se multiplicaron en términos, que los mismos pontífices, que se han propuesto siempre hermanar la santidad de la religion de nuestro Redentor divino con las mayores ventajas del cuerpo político y el bienestar de las naciones, suprimieron algunos días festivos, á fin de que su número muy crecido no perjudicara la actividad del trabajo y la industria. Con efecto, en el concordato que celebró la Santa Sede con Francia el año de 1801, las fiestas fueron reducidas á cuatro; y Navarrete en su obra muy apreciable, titulada *Conservacion de monarquías*, hablando de la multitud de fiestas que se celebraban en España, exige que el antiguo Consejo de Castilla esponga al monarca la necesidad de suprimir algunas de ellas en beneficio del trabajo, de la actividad del comercio y de la industria. Pero volvamos despues de esta breve digresión á nuestro principal tema.

En la Edad media, á pesar de que era mucho el fervor religioso, hubo algunas fiestas muy populares, consideradas como actos de devoción, y sin embargo poco edificantes; por lo que el pontífice romano y los concilios se vieron en la necesidad de prohibirlas: estas fiestas eran todas reminiscencias paganas.

Sauval en el libro XI de las *Antigüedades de Paris* se espresa en esta forma acerca del particular: «Cada profesión y cada cofradía tenían patronos, caprichosamente elegidos, y por motivos muy ridiculos. Los molineros festejaban al buen Ladron; los borrachos á San Martín, fundados en la tradicion antigua de que solia darse de beber en cada iglesia á los fieles, cuando se celebraba la festividad de aquel santo; las mujeres de mala vida solemnizaban el día de la Magdalena, siguiendo la costumbre de sus antecesoras, que habian hecho lo propio, cuando formaban todas una misma corporación.»

«La Noche-Buena los católicos debían pasarla en oración, y con efecto era mucha la concurrencia en todas las iglesias; pero eran mas las citas amorosas que los actos de devoción. En fin, los escándalos eran tantos en esa noche, que cuando se hablaba de niños, que pertenecían á madres de relajadas costumbres, se usaba de este refrán: «Son niños de la media noche, niños que buscan á tientas á sus padres.»

La fiesta de los Asnos, que se celebraba en Verona, era una solemnidad tan estravagante como ridicula, á pesar de que se creía recordar á los fieles en esta circunstancia la entrada del Salvador en Jerusalem el Domingo de Ramos. Un mozo, que figuraba á Jesucristo, recorría todas las calles principales de la ciudad, montado sobre un asno, una gran multitud de gente le acompañaba, cantando himnos mas bien profanos que santos, y por último, se enseñaban al populacho unas supuestas reliquias, y se le decía que eran real y verdaderamente las del asno que habia llevado á Jesucristo, cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalem.

Merece ocupar estas columnas lo que nos ha dejado escrito acerca del particular con respecto á España el célebre autor (1) del *Asno Ilustrado* en la nota b. pág. 70. Madrid 1837: «Volviendo á las ceremonias ASINARIAS en Domingo de Ramos, hallamos en nuestra casa, que copiando el P. Isla la graciosa *Instrucción* que entregó el licenciado Flechilla al famoso predicador fray Gerundio para la Semana Santa, que habia de predicar en el lugar de Pedrorubio, dice que contenia el aviso siguiente, con respecto á la dicha festividad: Hácese la procesion á lo vivo, va á caballo en la *Santa Asna* el que hace de Cristo, que es siempre el mayordomo de la cofradía de la Cruz, rodeándole los doce cofrades mas antiguos, vestidos de apóstoles con túnicas tálares de diferentes colores.... Tiene el pueblo gran devocion con la *Santa Asna*, la cual va llena de cintas, trenzas, bolsos y carteras de seda; y antiguamente llevaba tambien muchos escapularios hasta que un cura los quitó, pareciéndole irreverencia. No queda en el lugar, manta, cobertor, ni cabezal, que no se tienda por el sitio que anda la procesion.» Luego el autor del *Asno Ilustrado* añade lo que sigue: «Esta Semana Santa de Pedrorubio merece ser leida para formarse una idea de como celebraban aquellos misteriosos dias nuestros abuelos.»

En Courtray el dia de Viernes santo pagaba la ciudad veinticinco libras á un pobre hombre para que representase los sufrimientos del Salvador: doce frailes, mitad capuchinos, y mitad franciscos, le acompañaban y le maltrataban en términos, que apenas quedaba con vida. En algunas iglesias de Bruselas se representaba una tragi-comedia por el mismo estilo; y en Venecia el dia de Viernes santo á las nueve de la noche llevaban con gran solemnidad por las calles al Santísimo Sacramento en un atahud cubierto con un paño negro. En algunas ciudades de Italia, de Francia y de otros países, mataban y comian gallos el dia de Jueves santo en memoria del que cantó por tres veces recordando á San Pedro su pecado (2).

En algunas ciudades de Flandes se celebraba la Pascua de Navidad en la forma siguiente: Presentábase un mozo casi desnudo con alas en las espaldas, recitaba él *Ave María* á una jovencita que contestaba *fat*, y entonces el mozo, que figuraba al mensajero celeste, la besaba en la boca. En seguida un niño, encerrado en un gran gallo, hecho de carton, gritaba imitando el canto de aquel animal, y decia en latin: «Ha venido el niño.» Un hombre encerrado en un gran buey de carton, gritaba en latin, y casi mugiendo: «¿En dónde está?» Un muchachuelo, encerrado en una oveja de carton tambien, pronunciaba balando la palabra *Beethlem*; y por último, uno, encerrado en un asno de carton, decia, casi rebuznando, y en latin: «Vamos» Entonces marchaba toda la comitiva, y esta solemnidad, tan ridicula como estravagante, acababa en una larga procesion, precedida de cuatro insensatos, que llevaban en las manos cascabeles y cabezas de muñecos (3).

(1) Las doctísimas notas del *Asno Ilustrado* pertenecen al señor don Joaquin Perez de Necochea, obispo electo de Oviedo; el cual, solo por modestia, quiso ocultar su nombre bajo el pseudónimo de J. J. Zeper Demicasa. Los versos, que preceden, son de otro autor.

(2) V. Cerem. y Costum. relig. etc. tom. II; art. Relig. de los cat. rom. (en francés) V. Thiers *De las Supersticiones*, tom. I. (en francés).

(3) V. La ob. cit. del *Asno Ilustrado*, pág. 71. Nosotros hemos narrado los hechos con mas claridad y precision, despues de haber consultado otros autores sobre el mismo argumento.

La fiesta mas escandalosa, y sin embargo la mas ordinaria, en Francia, dice Collin de Plancy (1), era la de los Locos, considerada por el populacho como un acto magnifico de devocion y santidad. En esta fiesta, que solia celebrarse el dia de San Estéban, de Navidad, de Reyes, de Pascua de Resurreccion, y principalmente el dia de la Circuncision del Señor, desempeñaban un gran papel todos los alumnos de la Universidad de Paris. Escogian á uno de entre ellos, y le daban el titulo pomposo de *Señor de la fiesta*, ó de *Obispo*, ó *Arzobispo*, ó *Papa de los locos*. Luego le vestian con hábitos pontificales, le confirmaban con una multitud de ceremonias ridiculas, y en seguida le llevaban en procesion á la iglesia destinada para la gran solemnidad. Llegado el Papa celebraba el oficio divino, remedando las ceremonias eucarísticas mas augustas, y por último, bendecia al pueblo. Despues de todas estas profanaciones, torcidamente interpretadas por actos religiosos, se daba un suntuoso y opiparo banquete, al que asistian los alumnos que habian tomado parte en la funcion, y todos entonaban himnos y canciones que no eran muy del caso. Luego bailaban; bebían hasta perder el uso de los sentidos por embriaguez, y esgrimian las armas, casi siempre con efusion de sangre.

Los alumnos de jurisprudencia, teología y bellas letras asistian por especial privilegio á esa gran festividad, y declaraban escomulgado al que pensara en prohibirla. Durante el oficio divino los clérigos ocupaban los altos asientos de los canónigos, y cuando se llegaba á estas palabras del *Magnificat*, DEPOSIT POTENTES DE SEDE ET EXALTAVIT HUMILES, se las repetía cerca de un cuarto de hora; y se las acompañaba con estrepitosos aplausos, porque los clérigos, que ocupaban los altos asientos, se las apropiaban, viéndose colocados en los puestos mas distinguidos del coro con preferencia á los canónigos. Concluido el oficio se enmascaraban todos indistintamente, y recorrían todas las calles de la ciudad, llevando en triunfo sobre un carro al *Papa de los Locos*, y entonando canciones licenciosas, acompañadas de gestos y visages indecentes, que divertían en gran manera al populacho, á los niños, á las mujeres y á los mismos clérigos, que contribuían á estas farsas, ágricamente censuradas por sus santos pastores.

Habiéndose propuesto el arzobispo de Paris, Eudo de Sully, abolir en 1198 estas bufonadas escandalosas, y verdaderas hijas espúreas del paganismo, obtuvo de Pedro de Cápua, legado apostólico, el mandato y la facultad de suprimirlas. Pero vió frustrados todos sus esfuerzos y buenos deseos; y la *fiesta de los Locos* siguió celebrándose hasta fines del siglo XVI, como lo afirma Collin de Plancy en su *Diccionario Feudal* arriba citado. Con efecto, este docto y diligente autor nos refiere acerca del particular algunos pormenores, que merecen ser reproducidos en estas columnas. Vamos á trascribir sus mismas palabras: «Una carta circular que la facultad de teología de Paris escribió en 1444 á los obispos del reino para la supresion de las estravagancias de la *fiesta de los Locos*, nos dan á conocer que entonces los sacerdotes y los clérigos asistian al oficio divino sin decencia ninguna. Los unos, poco convenientemente vestidos, en vez de recitar sus plegarias hacían visages, y los otros no tenían mas ocupacion, durante la misa, que la de cantar estrofas lúbricas y hablar de cosas lascivas. Algunos se escedían hasta el extremo de jugar á los dados en el coro, y otros se divertían con fuegos artificiales....»

(1) V. Su *Diccionario feudal*, art. *Fiestas* (en francés).

»En algunas iglesias de Francia el día del Corpus había hombres que se presentaban vestidos con una túnica, fingiendo que eran el Salvador; otros fingían ser Moisés, Abraham, Isaac, Adán ó Eva. El Parlamento de París, muy escandalizado, condenó en 1571 á una multa de 200 libras á los que se atrevieran á profanar la fiesta del Corpus.»

El día de San Nicolás, juzgado patrono de la juventud, los estudiantes de la universidad de París, acompañados de sus capellanes, de sus cantores y de los niños, que solían asistir en el coro de la misma universidad á la celebración del oficio divino, recorrían todas las calles de la capital de Francia, conduciendo á una mujer á caballo, escoltada por una multitud de hombres, parte disfrazados de diablos y parte de doctores. Francisco I quiso impedir esta farsa indecente; pero los alumnos de la universidad contestaron al monarca, que era una costumbre muy ordinaria la de celebrar todos los años en los mismos términos la fiesta de *San Nicolás de los Campos*: se comprometían, sin embargo, á conservar las apariencias de mayor decencia en los años siguientes.

Las fiestas populares de la Edad Media, muy indecorosas para la Iglesia de Jesucristo, y contrarias al verdadero espíritu del catolicismo, quedaron casi completamente abolidas despues del Santo Concilio de Trento, porque los padres muy venerables de aquella augusta asamblea, no solo cimentaron en bases muy firmes los dogmas de nuestra religión santísima, sino que introdujeron tambien útiles reformas en la disciplina eclesiástica; corrigieron muchos abusos, dando á entender que no eran propios del catolicismo, como con malignidad lo afirmaban los luteranos, y purificaron por último los umbrales de los santuarios dedicados al culto y á la adoración del Dios eterno, enemigo de todas las supersticiones, restos inmundos de la antigua idolatría.

En algunas iglesias de Italia se permitió únicamente en los tiempos cuadragesimales á dos ó tres personajes subir á una especie de púlpito, y repetir en forma de diálogo algunos de los hechos mas notables de la Sagrada Escritura: hubo tambien cofradías en que se representaba la última cena del Salvador con sus apóstoles. Pero, andando el tiempo, quedaron abolidas ambas cosas; y hoy tanto en Italia como en España y en otros países católicos, ni siquiera se permite representar en teatro la pasión de Jesucristo, siguiendo las tradiciones y costumbres de nuestros abuelos, que, persuadidos de la santidad del gran misterio de la redención de nuestra estirpe, creían que era un acto eminentemente religioso reproducirle, poniéndole en escena.

SALVADOR COSTANZO.

EL TRIBUTO DE LAS DONCELLAS.

A su fin se aproximaba el siglo VIII de la era de gracia, cuando al morir Silo, el sexto de los reyes asturianos que tenían sobre su conciencia y sobre su honor empresa tan hazañosa como la de vengar á sus antepasados del ultraje inferido á los cristianos por los hijos de la esclava Agar en las márgenes del Guadalete, fué elegido para ocupar el trono el hijo de don Fruela, Alonso, que siendo el segundo de este nombre, llamóse despues el Casto. Pero su elección

quedó por entonces sin efecto, uniéndose la maldad y la ambición para impedir que Alonso entrase á disfrutar la dignidad real que de buen grado le ofrecían sus vasallos.

No obstante el sobrenombre de Católico, por la fama otorgado al primer Alonso, hubo este rey de entregarse á otros amores que no los licitos, y de los que con una esclava tuvo, fué bastardo fruto quien por el amaño y por la usurpación obtuvo lo que la elección y el derecho no supieron alcanzar para el segundo Alonso. Llamábase Mauregato el bastardo del católico rey, y por el nombre del hijo deducirían los historiadores que mora debía ser la madre sino lo dedujesen tambien por sus infamias y maldades, pues, tales fueron, que no serían creíbles en quien sangre cristiana y no mas llevase por las venas, como nos lo da claramente á conocer el nefando pacto que con los moros convino para que le prestasen ayuda en su ambiciosa pretensión de conseguir el trono.

Para saludable castigo y provechosa enseñanza de los buenos, permitió Dios aquella, como otras muchas veces, que triunfase la injusticia, y Mauregato llevó su villanía hasta el extremo de ofrecerse á pagar el tributo anual de cien doncellas cristianas, mitad nobles y mitad plebeyas, aquellas para darse en matrimonio y estas para ser mancebas entre los moros, á cambio de que estos le pusieran en el trono, como en efecto lo hicieron, enviando Abderrahman I desde Córdoba un poderoso ejército.

Cumplido por ambas partes tan inicuo convenio, los vasallos asturianos, al decir de los historiadores, pudieron lamentarse con Jeremías, cuando con aquellas sublimes palabras suplicaba al pueblo de Israel *le oyese y considerase su doloroso sentimiento, viendo que las doncellas de su pueblo eran entregadas por esclavas y cautivas de sus enemigos.*

Una cosa, sin embargo, aunque la única hizo buena Mauregato, segun frase de esos mismos historiadores, y fué la de acabar presto su vida y con ella la tiranía que sufrían sus pueblos, muriéndose á los seis años de reinado tan breve en tiempo, como largo en ofensas á Dios y en injusticias á su pueblo.

No importa que por Julian del Castillo se diga, en la historia de los reyes godos, que no solo Mauregato no pagó tan infame tributo, sino que lo redimió dando 500 sueldos por cada doncella, de donde dice el padre Guardiola salió la frase *devengar 500 sueldos segun fuero de Castilla*: para desconflar de la noticia, si todos los demás historiadores no estuvieran conformes en atribuir al susodicho rey la novedad de tan vergonzoso tributo, saber que se pagaban los 500 sueldos á los hijos-dalgo en las injurias que se compensaban por dinero, bastaría para no dudar que á rey tan ilegítimo como bastardo hijo, debieron los asturianos la injuria de impuesto tan oneroso y tan contrario á la justicia y á la ley de Dios.

Un hermano de Aurelio, y por lo tanto primo del asesinado y último rey legítimo don Fruela, llamado Bermudo y sobrenombrado el Diácono por hallarse investido de este orden sagrado, sucedió en la corona á Mauregato, para reinarse espacio breve de tiempo y renunciar á los tres años, movido sin duda por el aguijón de la conciencia, en aquel á quien de derecho correspondía el trono de don Fruela, á que le hiciera acreedor su parentesco de hijo, si no fuese tambien bastante título la elección que en el segundo Alonso, á la muerte de Silo, recayó, por libre y espontánea voluntad de los tan nobles como valientes asturianos.

Llamado segunda vez á reinarse, ésta no lo fué en vano,

y el don Alonso, á quien la virtud de la castidad dió sobre-nombre, con sus guerreras hazañas contra los enemigos de la ley de Cristo no alcanzó menos fama que gloria con su virtuosa vida, pues toda entera la pasó peleando sin dar á la gente mora ni un punto de reposo, y su victoriosa espada supo dar del capitán Mugay con sus setenta mil moros tan buena cuenta como de los capitanes Alahabax Alcorrexí, Amelich Alcorrexí y de Mahamut con sus cincuenta mil agarenos, demostrando que no solo á los moros sabia vencer, cuando en Roncesvalles estuvo á punto de poner á los franceses en retirada poco menos desastrosa que la que años atrás dió á España tanta gloria, como vergüenza á los vencidos; y harto quizá de vivir aunque hambriento todavía de pelear, murió despues de haber vivido ochenta y dos años, á los cincuenta y dos de reinar, y su cuerpo fué depositado en Santa María de Oviedo, edificada por la piedad de tan cristiano rey.

Que el tributo ignominiosamente concedido á los extraños é infamemente impuesto á los naturales, no se pagó despues de Mauregato ni por Bermudo ni menos por Alonso, cosa es á todas luces indudable, pues antes perderían mil reinos y mil vidas que consentir tamaña villanía, quien con el carácter de diácono practicó una vida religiosa y quien alimentado por la santa virtud de la castidad, lejos de tolerar exigencias á los moros, á cada paso vidas y haciendas les exigía. Empero de otra manera pasaron las cosas reinando Ramiro, á quien Alonso nombró sucesor por ser hijo de su primo Bermudo el Diácono.

Creyó Abderrahman II, califa entonces de Córdoba, que muerto el valeroso caudillo de los cristianos, no tendrían éstos en Ramiro un rey esforzado y resuelto como su antecesor, á tener siempre á raya en sus pretensiones á las infieles y numerosas huestes mahometanas, y animado por esta engañosa creencia, su atrevimiento llegó hasta el punto de enviar embajadores á Ramiro en arrogante demanda del infame tributo que en mal hora tuviese Mauregato la debilidad de conceder.

Grande fué la sorpresa de los emisarios moros, al ver el digno y á la par desdenoso continente con que despues de escucharlos Ramiro, con esa voz firme y enérgica de quien á perder la vida y á sostener su palabra está resuelto, que jamás en sus tierras consentiría tal mancilla les dijo, y qué podían por tanto aprestarse á la guerra si en la cobranza insistían de tal tributo.

Presurosos se volvieron los enviados de Abderrahman á dar cuenta á su señor de lo ocurrido, para que dispusiera lo mas conveniente en vista de la grave é inesperada respuesta que de Asturias le traían.

Ira y venganza arrojaban los ojos del gran califa, cuyo orgullo no acertaba á comprender el ofensivo ultraje de los cristianos, por lo mismo que de gente tan ruin, en su entender, procedía; que el miedo de ser vencido teniale por cierto sin cuidado, pues con tan poderoso ejército contaba, que ni un momento dudó en que presto sus huestes castigarían el vano alarde de los asturianos. Pero ignoraban aquellos enemigos de la fé de Cristo que de otro modo dispondría las cosas el verdadero Dios de los creyentes.

Mientras la voz corria entre los agarenos y á la guerra súbitamente se aprestaban todos, Ramiro no se descuidaba en disponer los medios de salir airoso en una empresa tan arriesgada, pues no se le ocultaba á pesar de su bélico ardor, lo desigual de la contienda en que iban á verse espuestas á perecer la fé y la vida de sus pueblos, si un atrevido esfuerzo unido al auxilio de Dios, no daban á la

justa causa por que iban á luchar la victoria, que de tan poca gente, por grande que fuera su arrojo, humanamente no podia esperarse.

Al efecto Ramiro reunió córtés en Leon y á presencia de todos sus vasallos, espuso el caso de que se trataba sin encomiar lo imprescindible de la lucha ni lo forzoso de acudir á la pelea, resueltos á morir antes que someterse al agareno alfanje, que recordar su deber al asturiano fuera tenido en mengua y deshonor. El arzobispo, los obispos, abades, gobernadores, caballeros, vasallos, nobles y plebeyos, todos en fin, estuvieron acordes en disponer las mesnadas y en marchar á la guerra prefiriendo mil veces perecer antes que dejar de defender su fé.

Armado todo el que pudo, y reunidas ya las fuerzas en el mayor número posible, salieron de Leon las asturianas tropas capitaneadas por su rey Ramiro, y ansiosas de morir gloriosamente, se encaminaron veloces en busca de la gente mahometana.

Por fin, cerca de Glavijo víéronse los dos ejércitos, y como tuviesen ambos igual hambre de pelear, no tardaron en saciar su apetito. Sangrienta y reñida por demás fué la pelea: como fieras luchaban los de la cruz, pero por desesperado que fué su esfuerzo, no bastó para los de la media luna, que además de ser muchos, estaban aquella vez protegidos por la suerte. Ramiro se sostuvo con los suyos cuanto pudo, pero al fin se vieron obligados á retroceder y juzgaron prudente retirarse á las tiendas que allí cerca tenían al abrigo de una espesura.

La noche vino con sus sombras á hacer mayor su desgracia: las lágrimas y los lamentos salían de todos los ojos y de todas las bocas; los unos esquivaban hablar con los otros de miedo de saber nuevos desastres, los heridos tenían bastante con cuidarse de sus dolores, los moribundos exhalaban el último suspiro llamando en vano á sus parientes ó amigos que quizá mas dichosos que ellos hallaron la muerte en el ardor de la batalla; todos, en fin, lloraban amargamente su desgracia, y mas que la suya propia, temiendo por sus templos santos y sus amados hogares si, como era probable, la morisma impia saciaba por completo su venganza en la sangre cristiana.

La noche fué cerrando, y rendidos al pesar los cuerpos que habian resistido la fatiga, muchos buscaron en el sueño alivio para su quebrantado espíritu.

El rey en tan grande conflicto, en vano discurría medio de salvacion, y abandonado casi por la esperanza, y harto ya de llorar, é incapaz de sentir á fuerza de padecer, súbitamente se quedó dormido, mientras lleno de ardiente fé á Dios, pedia le iluminase para evitar la desventura de sus pueblos próximos á perecer para siempre. Cogióle un sueño suave y reparador, y en medio de él llenóse de admiracion ante una vision estraña que divisó por los aires y que al acercarse comprendió ser nada menos que el mismo Santiago que se le aparecía, y todavía pasmóse mucho mas viendo que el santo bendito le cogía la mano, y asiéndosela fuertemente como para comunicarle ánimo y vigor, le dijo:—«No temas y recobra tu valor perdido, fia en Dios que siempre vela por la causa de los buenos; al salir el dia junta tus tropas sin vacilar y acomete al enemigo sin demora que yo lucharé con vosotros y vuestra será la victoria.»

Poco á poco la vision se perdió en el aire, y Ramiro al despertar dudó por un momento sobre la verdad de lo que le habia sucedido. El alba empezó á rayar y prontamente reunió su consejo de nobles y prelados para manifestarles lo ocurrido. Admiráronse todos de tan estraña aparicion,

pero todos pensaron piadosamente que era preciso seguir aquel aviso de Dios.

Presto corrió la noticia y con ella de nuevo renació la esperanza y el valor. Acto continuo formáronse en buen orden de batalla, y animados por la fé cristiana, con la mirada en el cielo y la tizona en la mano, arremetieron hácia el enemigo que ya les salía al encuentro. Encima de ellos un guerrero montado en caballo blanco luchaba contra los moros de tal manera que caian muertos bajo su espada como heridos por el rayo divino. Sus numerosas filas pronto quedaron desiertas y el suelo cubierto con sus cadáveres. La vision fué profecía, Santiago ganó la victoria. Calahorra quedó tomada por los cristianos y el número de moros muertos, pasó de setenta mil. En aquella ciudad fué donde con este motivo reunió el rey á sus vasallos, y en accion de gracias, por el señalado favor que de Santiago acababan de recibir ganando tan famosa batalla, pronunció un voto solemne en el cual él por sí y juntamente con los pueblos y moradores todos de su reino, el arzobispo, obispos, abades, mayordomo de palacio, escudero, gobernadores, la reina, su hijo Ordoño, su hermano don Garcia y seis testigos, se obligaban por sí y sus sucesores bajo severas penas eclesiásticas á pagar anualmente todos y cada uno cierta medida de grano y de vino para el sostenimiento de los canónigos de Compostela, y de cuanto se ganase á los moros una parte igual á la que se daba á un soldado de á caballo.

De esta manera pasaron los esclarecidos sucesos á que dió lugar el tributo de las cien doncellas; éste fué el justo castigo con que Dios se dignó castigar la arrogancia del infiel; y este fué el modo que tuvieron los cristianos de manifestar su justo agradecimiento por el auxilio especial que del cielo habian recibido en lance tan apurado (1).

Pero á vueltas de estos hechos de tanta importancia histórica, el tributo de las cien doncellas fué también ocasion de sucesos y pasajes muy dignos de traerse á la memoria, y que por muy verdaderos se refieren en crónicas antiguas.

Ocurrió uno de ellos en Galicia de la manera siguiente. Acertaron á pasar en cierta ocasion unos caballeros gallegos por un páraje distante como dos leguas de la Coruña y una de Betanzos, á punto que por la puente llamada de Sarandones, vieron á unos moros que á caballo venian llevando cautivas á unas doncellas que por la sin razon del tributo correspondia pagar en la comarca; al punto que los vieron resolvieron apoderarse de su presa, y sin reparar en el número de los contrarios, trabaron escaramuza sangrienta, de que salieron vencedores los cristianos logrando poner en fuga á los moros y en libertad á las cautivas. En recuerdo de hazaña tan insigne, se llamó aquel sitio desde entonces *peyto burdelo*, que quiere decir, pecho ó tributo del burdel; y como hubiese allí cerca muchas higueras, sus hojas figuraron en el escudo de armas de los vencedores, que á mucho honor tuvieron desde entonces llamarse los *caballeros das figueyras*, calificativo que corrompido despues ha dado lugar al apellido de los Figueroas, y de cuyos caballeros descienden los duques de Feria, segun afirman los historiadores.

(1) Los historiadores contemporáneos piensan que la batalla de Clavijo y la aparicion de Santiago, y el voto de Ramiro son hechos falsos y supuestos con el objeto de sostener esa especie de diezmo llamado el voto de Santiago que hasta no ha mucho se ha pagado en España. Conste que al escribir estas líneas no hemos pretendido escribir historia.

Como en aquellos siglos de continua lucha frecuentemente los de uno y otro bando, sin el estruendo y aparato de la guerra, calladamente hacian sus correrías por el campo enemigo, no es extraño que escenas como esta se repitiesen y que esos combates parciales y esas reñidas escaramuzas tuviesen lugar. Por eso otra vez se cuenta que los señores de la Casa de Quirós, se hallaron en un lance parecido, y habiendo libertado á cinco doncellas, en su escudo de armas se ven pintadas sus cinco cabezas.

Otro hecho y mas maravilloso se dice que ocurrió en la vega de Carrion: fué que una manada de toros arremetieron contra una cabalgata de moros y dejándolos muy mal parados, libertaron á las doncellas que se llevaban, y en accion de gracias por tan extraño prodigio, se edificó en aquel sitio una iglesia consagrada á Nuestra Señora de la Victoria por alusion al suceso.

Finalmente referiremos un solo hecho curioso por demás. El alcaide de la villa de Gureba tenía en el alcázar bajo su custodia, siete doncellas que una partida de moros le habia obligado á conservar hasta que ellos dispusiesen su regreso. Afligidas y contristadas las doncellas lloraban su desventura y para ver si podian librarse de perder su castidad entre gente infiel pensaron obrar como cristianas y salir de su compromiso, cortándose con varonil esfuerzo una mano. Así lo hicieron, y sin embargo no lograron lo que tan cristianamente buscaban, siendo de todo punto inútil su sacrificio; pues al volver á buscarlas los que las cautivaban, creyó el alcaide seria bastante excusa decir que no podian llevarlas porque estaban mancas, pero engañáronse grandemente, y oyeron con sorpresa que con crueldad sin igual los moros contestaron:—*A SI MANCAS las queremos.*— De allí adelante Gureba fué Simancas, y en su escudo de armas se pusieron siete manos en memoria de las siete desventuradas doncellas.

Otros muchos sucesos ocurrieron con ocasion del tributo que seria largo enumerar.

LUIS MIRALLES.

VIAJES A LA COSTA OCCIDENTAL DEL AFRICA.

DAHOMEY.-EL MINISTRO MEHOU.

Mucho tiempo hacia que el Dahomey habia escitado la curiosidad de los viajeros que visitaban la costa occidental del Africa; se referian acerca de este país, las cosas mas extraordinarias: holocaustos de victimas humanas sacrificadas sin compasion á enormes serpientes que eran las divinidades del país; que tenia un ejército de siete á ocho mil amazonas, que sobrepujaban en valor á las de la antigüedad, y en fin, se hablaba con admiracion de las riquezas y del poder del rey de Dahomey.

Los franceses parece que fueron los primeros blancos que se establecieron en este país, hace algunos siglos, y construyeron un fuerte en Whyda, que andando el tiempo se convirtió en factoria para comerciar con el aceite de palma, que es allí muy abundante.

El fuerte de Whyda, es espacioso y bien entendido; pero necesita hoy muchos y grandes reparos. En sus bastiones hay unos cuarenta cañones, la mayor parte de grueso ca-

libre y están colocados en el suelo: las piezas que existen fuera para los saludos, no valen mucho mas, y tambien se hallan en el suelo en muy mal estado. Para cargarles los ponen derechos sobre la culata, luego los vuelven á dejar caer en el suelo con la boca encima de un tronco de árbol y los prenden fuego con un tizon. Whyda es una poblacion de veinte y cinco á treinta mil almas, muy grande, de mucha estension, pero nada bella. Las propiedades particulares están cercadas con paredes de tierra; las casas de los indígenas son despreciables, construidas con barro, colocadas en fila y sin mas ventana que la puerta para darlas luz. Parece que el habitante del Dahomey, aborrece la luz en cuanto entra en su casa. Dicen ellos, que lo hacen para preservarse de los cinifes y de los insectos molestos. Las serpientes son los huéspedes mas comunes de aquellas casas; estos reptiles se pasean por entre las piernas de los que las habitan. Son unas serpientes magníficas, con brillantes colores dorados, y además son muy mansas é inofensivas; perteneciendo á la especie de las *boas*, son las divinidades del Dahomey, las únicas que disfrutan de este honor, pues las demás las matan sin misericordia cuando las encuentran. Es necesario tener mucho cuidado, porque puede escapar muy mal el que mata equivocadamente una serpiente idolo. Con ramas y troncos de árboles forman una casa ó cabaña, que llenan de leña seca; conducen á ella, primero el cuerpo de la serpiente muerta, luego una porcion de cabritos, carneros, etc., y en fin, al hombre que se ha hecho culpable de la muerte del dios, con los brazos atados; la multitud armada con palos y cuchillos se reúne en derredor de la cabaña para quitar toda esperanza de fuga á las víctimas que colocan sobre la hoguera, y despues la prenden fuego.

Sin embargo, una prueba de que se han dulcificado las costumbres, ó por lo menos, de que esa pena ha caído en desuso, es que ya no sacrifican al hombre, sino que por el contrario, le facilitan su evasion cuando el fuégo comienza á tomar incremento, por medio de una puerta abierta á espaldas de la casa. Entonces la multitud le persigue dando terribles gritos, pero solo por fórmula, y como por juego. Cuando mas, suele recibir algunos palos al pasar, y en cuanto llega á una balsa de agua y se arroja en ella, queda libre.

Whyda es una poblacion poco aseada é insalubre. Por todas partes se ven enormes hoyos, abiertos para sacar la tierra que se emplea en las construcciones de las tapias y de las casas. Estos hoyos, los llenan con cieno y todo género de inmundicias. A esto debe agregarse la cercanía de los pantanos ó lagunas que es necesario atravesar para llegar al mar. Afortunadamente, fuertes brisas del mar suelen templar las causas de insalubridad.

Whyda, tiene muchos y grandes mercados muy abastecidos: varios agentes de policía nombrados por el garogan, mantienen el orden en ellos y perciben los derechos por los puestos, lo mismo que sucede en Europa.

A lo largo de estos mercados existen tiendecillas en las que se venden telas del país, armas y artículos europeos; solo las mujeres hacen el comercio de los mercados. En las inmediaciones de Whyda se encuentran campos perfectamente cultivados, que en nada ceden á los mas fértiles de España. El maíz es el que principalmente se cultiva como en todo el Dahomey; á escepcion de las partes cultivadas, el terreno es bastante árido y se halla cubierto de yerbas y de matorrales. En ninguna parte abundan tanto las perdices como en las cercanías de Whyda, y son tan grandes como las gallinas.

En las cercanías de un paraje llamado Appai, existen unas lagunas llenas de malezas. Estas lagunas son, en verdad, la mejor defensa del Dahomey contra toda tentativa por la parte de las costas ó la orilla del mar.

A corta distancia de Appai se encuentra una gran ciudad que se llama Caná, rodeada de campos muy cultivados y con una hermosa vegetacion. Caná, que en el dia no cuenta mas que con una poblacion de ocho á diez mil almas, era la antigua capital de los reyes de Dahomey; posee muchos palacios de los monarcas, y en uno de ellos subsiste el palatón real, que visita todos los años el soberano, y en el cual manda degollar un gran número de víctimas humanas. En este fatal momento es cuando Caná recobra algun tanto su vida y animacion pasada, porque el rey lleva toda su servidumbre, una innumerable guardia de amazonas, y una multitud de pueblo: despues de su partida Caná vuelve á quedar completamente desierta y silenciosa. Los palacios de Caná son unos recintos espaciosos, con tapias ó paredes de estremada elevacion, que encierran edificios mayores que los del resto de la ciudad. Aquellos palacios los habitan mujeres del rey ya retiradas y algunas compañías de amazonas. El aspecto de Caná es grandioso; sus casas muy limpias y rodeadas de gruesas tapias, sus espaciosas plazas, sus calles anchas y con algunos jardines, la dan una perspectiva muy agradable.

El camino desde Caná á Abomé no se asemeja al de Whyda á Caná; es una verdadera carretera de mas de cien pies de ancho con casas de campo en ambos lados; terrenos cultivados con esmero, y palmeras de aceite que ocupan una estension que se pierde de vista. A la salida de Caná se encuentra la primera barrera sagrada, compuesta de una porcion de estacas pintadas; es necesario pasarla á pié; poco despues está la segunda, en que hay que observar el mismo ceremonial; mas lejos está la *Casa del Diablo*, perteneciente al rey, en donde se vé una especie de idolo muy grande de madera pintada de encarnado; allí, un gran sacerdote se coloca á la orilla del camino y dirige á los pasajeros un discurso; es el encargado de guardar al diablo ó génio maléfico del rey, y desgraciado de él sino le custodia bien. Hace unos quince años, las viruelas causaron grandes estragos en el Dahomey y S. M. perdió un ojo; el sacerdote de la casa del Diablo pagó aquel accidente con su vida; el que le reemplazó sufrió poco tiempo despues la misma suerte por un accidente análogo.

Antes de dejar á Abomé, es necesario no olvidar tres cosas que son allí verdaderamente notables: sus mercados que están mejor surtidos que los de Whyda, y cuya policia es mucho mas esmerada: sus buitres, aves de rapiña, que se encuentran allí en gran número; llegan casi á domesticarse, comparten como hermanos, con chakales y hienas, los horrorosos y sangrientos restos de los sacrificios humanos que se celebran diariamente, y que son muy útiles para limpiar el país de ratones, culebras, etc., solo que acontece con frecuencia, que no respetan á las serpientes sagradas mas que á las otras: y por último, los grandes murciélagos, que durante el dia penden como racimos de los árboles de la ciudad, y que al anochecer oscurecen el cielo. Aquellos murciélagos son enormes: los hay del tamaño de nuestros cuervos, y su cabeza es exactamente como la de un galgo, tiene formas muy finas.

En el patio de la casa que habitaba el enviado francés de quien tomamos esta relacion, habia dos magníficos naranjos tan grandes como nuestros olmos de Europa y estaban cargados de fruto que no dejaban madurar aquellas

nubes de murciélagos. Tampoco se debe olvidar hablar del mingant ó ministro de Justicia; en un país como el Dhomey, en donde con una palabra del rey desaparece un hombre sin que se sepa ni averigüe su suerte, los juicios son breves y sumarisimos y por lo mismo terribles. El citado plenipotenciario tenia que meditar mucho sus respuestas cuando el rey, en sus audiencias particulares é intimas, le interrogaba con semblante sereno acerca de sus escursiones por el país, lo que en él habia observado, etc. La menor queja que hubiera dado contra cualquiera de sus súbditos, ó de los que habia destinado para que le sirviesen de comitiva, habria sido sin duda una sentencia de muerte

para aquellos infelices, que se hubiera ejecutado sin tardanza ni misericordia.

En estas ejecuciones, sobre todo en las que se hacen de noche, pasan cosas terribles. Cuando deben tener lugar, los sacerdotes precedidos de tambores y campanillas comienzan, antes de ponerse el sol, á dar vueltas al palacio. A este ruido huyen los habitantes y algun tiempo antes de rayar el alba cesa todo ruido, señal cierta de estar consumada la carnicería, y al dia siguiente aparecen nuevas cabezas clavadas de unas estacas en las plazas ó en las paredes.

Refiere un viajero, que el rey tiene á su lado su perso-



Mehou, primer ministro, y su madre en traje de ceremonia.

naje favorito llamado Mehou, ministro del Interior, de Comercio y de Marina, hombre de una actividad extraordinaria para su edad, de una astucia é inteligencia diabólicas, y que hacia treinta y cinco años que desempeñaba sus difíciles funciones. Cuando se quiere obtener algo del rey es necesario dirigirse primero á este personaje.

El rey, que se llama Guezo, es un hombre de unos cincuenta y cinco á sesenta años, de fisonomía inteligente y graciosa; se envuelve en momentos de ceremonia en una especie de manto de seda y se recuesta sobre unos almohadones de terciopelo bordado.

Los ministros usan trages largos á la turca, de una es-

pecie de tela de seda, un sable corto con vaina de plata, unos cuernecillos de plata en la cabeza y una placa del mismo metal en una de las sienas.

Agonglo, padre del rey actual, fué el que introdujo la moda de colgar de unos postes en las plazas públicas á los prisioneros degollados, pues que su emblema es un hombre colgado de los pies y sobre el cual se cierne un enorme buitres.

He aquí lo mas curioso que respecto al Dhomey hemos encontrado en los apuntes de uno de nuestros mas inteligentes y perseverantes viajeros.

E. U. P.